Un presente volátil

Mauricio Sánchez Menchero*

El tiempo presente y el tiempo pasado
acaso estén presentes en el tiempo futuro
y tal vez al futuro lo contenga el pasado.
T. S. Eliot. "Burnt Norton", *Cuatro cuartetos.*

La imagen cinematográfica dibuja, a través de una cámara subjetiva, el sendero entre árboles que se dirige hacia una pequeña casa. Se observa a un viejo hombre que trabaja en medio del susurro de grillos, en su inaudible música oculta entre las plantas. De repente la imagen cambia y nos muestra la entrada de un grupo de obreros a una fábrica, entre los chirridos de silbatos y las bocinas de autos. De nueva cuenta el haz de luz nos presenta la campiña y al viejo que trabaja forjando hierro en el fuego. En contrapartida, la imagen vuelve al ruido ensordecedor de enormes vasijas donde se funde el metal. Cada vez más, los ritmos de las dos imágenes se contraponen. Ahora se ve al viejo mojando en agua el metal candente, al tiempo que lo golpea con un martillo. Luego, la escena nos presenta varios lingotes al rojo vivo corriendo por canales

"Comunicólogo egresado de la UAM Xochimilco.

donde son enfriados por chorros de agua. Todavía con la luz de día, el solitario herrero empieza a cortar el hierro en partes muy pequeñas. Más tarde, el asalto de la imagen de enormes y estruendosas máquinas haciendo miles de clavos por minuto aturde, hasta que, por último, el filme nos regresa a la tranquilidad del herrero, que luego de una jornada de trabajo comienza a juntar los pocos clavos que terminó durante su cansado pero apacible día de labores. Las imágenes de este corto canadiense nos revelan de alguna forma —por medio del contraste de sus secuencias— el ritmo que vivimos en la actualidad: la danza de la arteria, la circulación de la materia, el tiempo de la velocidad máxima.

Parece obvio y, sin embargo, estamos tan acostumbrados —como decía un *graffiti* callejero— a "vivir rápido y morir despacio". Con el aceleramiento que se viene imponiendo siglo con siglo, hoy nuestro mundo vive en un ímpetu que lo puede llevar a sufrir un severo colapso. El reloj del tiempo ha pasado del reino de la hora al del segundo. Vivimos una época en la que las alas míticas de Mercurio nos han llevado a realizar y conquistar viajes increíbles: desde los últimos planetas del sistema solar hasta el cromosoma humano; desde las ondas electromagnéticas hasta el rayo láser; desde los trasplantes de órganos hasta el mundo de las computadoras; desde nuevas formas de producción hasta la calidad trasmisora de la fibra óptica.

Uno puede reflexionar sobre el vértigo que provoca ser testigo de los cambios tecnológicos en el ámbito del intercambio social de los datos, llámense políticos, económicos o culturales. Sin lugar a dudas, la electrónica, la computación y las comunicaciones han modificado sustancialmente el mundo de las relaciones humanas. Y si en el siglo pasado era todavía posible encontrar en los libros de geografía mapas marcados en color blanco bajo el título de "tierras desconocidas", hoy por hoy el último rincón del planeta está fotografiado y analizado.

Para Daniel Defoe sería muy difícil poder ubicar en algún lugar del planeta, a fines de este siglo XX, a un personaje como su *Robinson Crusoe,* para que pudiera estar en absoluto aislamiento los cuatro años y ocho meses que vivió el auténtico (e inspirador) Crusoe: Alexander Selkirk, el famoso marinero escocés que sobrevivió en la isla deshabitada "Más afuera" del archipiélago de Juan Fernández (frente a la ciudad de Valparaíso), de 1704 a 1709. Wood Roggers, el capitán que socorrió al marino Selkirk, nos relata que el insumiso escocés "había perdido a tal punto la costumbre de hablar, que pronunciaba sólo a medias las palabras, por lo cual se pasó largo tiempo sin que se le pudiese entender" (J. Torri). Pero aún así, el olvidado Robinson Crusoe pudo regresar a su patria, donde por más cambios ocurridos en casi cinco años de aquel siglo XVIII, la fisonomía del lugar seguía siendo la misma.

Otra historia es el caso del cosmonauta soviético, quien en junio de 1991 viajó al espacio con la idea de permanecer seis meses realizando investigaciones. Partió con los debidos honores del Estado, de trabajador modelo, de servidor de la revolución. La primera señal de alerta la

recibió en su soledad sideral cuando al término de su misión dejó de recibir instrucciones para el regreso. Todo se debía a la falta de presupuesto. No podía creer que su país, otrora potencia mundial, ya no tuviera dinero para bajarlo. Su vuelta a casa sólo fue posible gracias al financiamiento de los alemanes. La sorpresa del cosmonauta fue mayor cuando se enteró de que su país ya no existía y que ya había otro en su lugar, con distinto nombre, otro presidente y diferente proyecto económico. Se encontró con que las grandes estatuas a los héroes de la revolución yacían por los suelos y que en el desfile del 1 de mayo ya no ondeaban las banderas de la hoz y el martillo, sino sólo propaganda turística para el verano. La estadía del cosmonauta en el espacio fue tan simple y tan rápida en cambios como los fugaces cometas.

La velocidad se ha injertado en todos los ambientes culturales del hombre: comida, ropa, casa, etc. Por ejemplo, si en el pasado las construcciones tardaban siglos en concluirse, en la actualidad los materiales preconstruidos y las nuevas tecnologías y maquinarias fermentan y aceleran las edificaciones. Las ciudades se han convertido en gigantes caleidoscopios. Y sin pretender llegar a la exquisitez aristocrática de un personaje de Carlos Fuentes, podemos estar de acuerdo con "que sólo es moderno lo que dura para siempre, no lo que se construye de prisa para que se descascare a los dos años y se venga abajo a los diez. [Da] vergüenza que un país de iglesias y pirámides edificadas para la eternidad [acabe] conformándose con una ciudad de cartón, caliche y caca". La velocidad se ha introducido en el cuerpo humano. Y hasta las enfermedades obedecen los compases de épocas distintas. Susan Sontag nos habla de la tuberculosis como la enfermedad "romántica" del "novecento", frente al apresurado y desquiciado cáncer con su multiplicación de células que la carne no puede soportar.

Lo antes expresado no quiere ser un discurso anhelante de "un pasado que fue mejor", un neorromanticismo, un paraíso perdido. Más bien quiere apuntar hacia los beneficios que la tecnología ha traído a la civilización, pero sin dejar de subrayar el peligroso costo que esto ha significado —contaminación, desempleo, pobreza— junto con la enorme deuda traspasada a las futuras generaciones. No se trata de crear una comuna "lejos del mundanal ruido", sino de entender que el tiempo es para ser más humanos y no lo contrario. Sólo con tiempo se conquista el tiempo.

En última instancia, el aumento de ansiedad en el mundo contemporáneo es síntoma de que algo anda mal. Es una respuesta emotiva al peligro externo percibido: tinieblas interiores, privación y despojo de toda propiedad. Desecación del mundo del sentido. Pero a veces la inercia cultural, social y económica es tal que frente a esta sensación de aceleración interna sólo queda cerrar los ojos, aunque con un alto costo: dejar que el espíritu se enferme y pierda colorido. El sonoro lamento de la quimera desolada.

Michael Ende ha sabido trasmitir —a través de los hombres grises de su novela *Momo*— una metáfora de fin de siglo:

> Ya no podían celebrar fiestas de verdad, ni alegres ni serias. El soñar se consideraba casi un crimen. Pero lo que más les costaba soportar era el silencio. Porque en el silencio les sobrevenía el miedo, porque intuían lo que en realidad estaba ocurriendo con su vida. Por eso hacían ruido siempre que los amenazaba el silencio. Pero está claro que no se trataba de un ruido divertido, como el que reina allí donde juegan los niños, sino de uno airado y pesimista, que de día en día hacía más ruidosa la ciudad.

Las trampas del bienestar

> Y se enfría el sentido y se pierde el motivo
> de la acción,
> y todos vamos con ellos en el funeral silencioso,
> el funeral de nadie pues no hay nadie
> a quién enterrar.
> T. S. Eliot. "East Coker", *Cuatro cuartetos.*

EL escritor judío I. B. Singer solía decir que cada vez que reflexionaba sobre el hombre moderno y la desilusión que este experimentaba ante su propia cultura pensaba en la historia de la creación narrada por el *Génesis.* A partir de ese antiguo libro podemos, hoy, hablar por ejemplo del extravío de la trascendencia, de la carencia de una integración plena con la naturaleza y de la tremenda lucha vuelta sobre su propio género: los seres humanos.

Diversos estudios explican que el crecimiento del miedo o de la ansiedad en nuestros días se debe en gran parte a que la gente en general sufre de una peculiar "inconexión" que la llevan **a** un sin sentido. Deterioro ecológico por un consumo económico irracional, infinitas luchas después de la guerra fría, pobrezas que reclaman desde el tercer y cuarto mundos... Pareciera que no hay alternativas, porque la estructura es nueva a cada instante, máxime en esta última década en la que, por una parte, la gran utopía del siglo XX ha caído en forma insuperable con el muro de Berlín y, por la otra, la esperanza ilusa de querer contemplar un aparente triunfo del neoliberalismo como única respuesta está haciendo mella debido a las contradicciones y crisis internas de este sistema que nos acercan más a una realidad de injusticias sociales y culturales, como el otoño del Medievo pero con consecuencias más funestas. "Red de agujeros nuestra herencia a ustedes —dice José Emilio Pacheco—, los pasajeros del veintiuno. El barco se hunde en la asfixia, ya no hay bosques, brilla el desierto en el mar de la codicia. Llenamos de basura el mundo entero, envenenamos todo el aire, hicimos triunfar en el planeta la miseria. Sobre todo matamos. Nuestro siglo fue el siglo de la muerte. Cuánta muerte, cuántos muertos en todos los países. Cuánta sangre la derramada en esta tierra".

Sin utopías, sólo se lee una larga noche, en la que la cultura que domina es la del pensamiento débil y pragmático. Una cultura en la que la mente, paradójicamente, se debilita —como cuando bajo anestesia la mente tiene conciencia pero conciencia de nada—, no obstante la amplia oportunidad de aumento en el saber: académico, informático, técnico, etc. Pervive únicamente la mentalidad operativa, que reduce en última instancia todo razonamiento a cuestiones puramente tecnocráticas. Todo se convierte en estadísticas que encierran una realidad más profunda. Hasta la ciencia se ha vendido al mejor postor: la mercadotecnia. Todo está dirigido a lograr el óptimo funcionamiento de las cosas. Importa el control de calidad, pero sin que se cuestione el para qué y para quién. Todo se vuelve tan relativo y tan soportablemente pesado que no hay lugar para lo trascendental.

La "intelectualidad" se ha aburguesado de tal forma que hasta los antiguos "socialistas" se han conformado con vivir bien. En una entrevista, el filósofo español Carlos Díaz relata cómo estando de vacaciones se encontró con un par de colegas universitarios con los que mantuvo conversaciones que eran todo menos profundas: "Sólo se hablaba de comida. Yo estaba desesperado porque se había sustituido la ética por la dietética, el cosmos por la cosmética [...], la antropología por la trofeología, la ciencia de la alimentación; ya no somos antropólogos, somos nutriólogos". Se olvidan cada vez más los valores importantes, junto con lo misterioso y numinoso. La deontología científica se burocratiza en cifras porque el aspecto humano ya no interesa.

¿Para qué preocuparse por cambiar el estado de las cosas? Es más fácil decir que las metas de ahora son inalcanzables y que, por lo tanto, no vale la pena desgastarse por conseguirlas. Así que, como no existen posibilidades de cambiar la sociedad, será mejor dífrutar al menos del presente. Pero se trata de fruiciones pasajeras, enajenantes y dependientes de objetos externos. Kazantzakis decía que "mientras estamos viviendo una dicha, es raro que percibamos. Sólo cuando ya pasó y volvemos atrás la mirada, comprendemos de pronto —a veces con sorpresa— cuán felices hemos sido".

Las grandes catedrales de la actualidad no giran en torno a un más allá de las cosas, sino que por el contrario se materializan en los centros comerciales, donde se realizan los cultos a lo efímero. El feligrés moderno se convierte en un" flaneur" de ofertas y descuentos que se goza en el "derecho natural a la abundada". Los símbolos y los mitos se eclipsan por la publicidad, enredadera donde "la mentalidad consumidora [descansa] sobre la omnipotencia y manipulación de los signos. Los signos [que] se convierten en pseudosignificantes de significados que la propia sociedad establece. Tal artículo asegura prestigio, calidad de vida, seguridad, felicidad, personalidad, independencia, etc. Vivimos así en una cultura del simulacro [J. Baudrillard], que nos moldea y nos asienta en un mundo de pseudogratificaciones frustrantes y que crea falsas expectativas, en las que juegan las combinaciones de significantes y significados" (Fernández).

Cuenta la historia que una buena enfermera irlandesa, de misión por África, se encontró ante un dilema. De sencillas razones, esta mujer se había formado la ¡dea de no hacerse de fortunas o posesiones, sino de tener lo suficiente para vivir. Y de esta forma había ayudado durante la Primera Guerra Mundial y más tarde, en el conflicto de independencia de su país. Inspirada por un compromiso con los más necesitados, pidió a la Cruz Roja internacional una posible plaza en la verde Kenia. Fue entonces cuando partió sin lujos con el sueño de conquistarlo todo. Quería por patria un mínimo de tierra en el que su ser pudiera respirar a sus completas anchas. Con gran profesionalismo se fue ganando la confianza de todo el lugar. Su vida transcurría en completa paz; se sentía tranquila y segura de atender a sus pacientes. Uno de sus grandes triunfos fue haber salvado al hijo del rey, a la hora de su nacimiento. Como gesto de gratitud, el monarca le regaló un colmillo de marfil. La enfermera se sentía recompensada y colocó "el hueso del elefante" en la estancia de la enfermería. Al paso de los días se sintió intranquila y tuvo una pesadilla donde se veía asaltada. Como medida de precaución cambió de lugar el preciado marfil, colocándolo en un baúl. Pero a los pocos días volvió a tener el mismo sueño del robo. Entonces, decidió poner el colmillo en la cabecera de su cama. Cuando al paso de algún tiempo la enfermera dejó de conciliar el sueño, decidió de una vez por todas volver a la tranquilidad de antes. Y una buena mañana se levantó y cargo el arco marfilado hasta las puertas del orfanatorio, donde lo dejó como obsequio. A partir de esa noche, la enfermera volvió a dormir y soñar con la verde estepa africana.

Recordando al Mahatma Gandhi en su 45 aniversario luctuoso, citamos parte de su credo, que nos puede sonar ridículo para el estilo de vida consumista que se nos ofrece constantemente en los medios publicitarios. Sin embargo, este contradiscurso quiere ser como cuando—debido a fallas técnicas— se produce una pequeña interrupción en la señal de televisión, que nos deja sin ver el programa" favorito", junto con toda la avalancha de anuncios comerciales:

> Se necesita un mínimo de bienestar y de confort; pero una vez pasado ese límite, todo lo que debería servir para ayudarnos se convierte en fuente de malestar. Empeñarse en crear un número ilimitado de necesidades para satisfacerlas a continuación es lo mismo que ponerse a perseguir al viento. Ese falso ideal no es más que una emboscada. Hay que saber imponer un límite a las propias necesidades, físicas e incluso intelectuales, para que la necesidad de satisfacerlas no se convierta en búsqueda de placer.

It's no secret that our world is darkness

Trazar horóscopos,
evocar la biografía por las líneas de la mano
y la tragedia por los dedos; predecir
mediante sortilegios u hojas de té,
adivinar lo inevitable gracias a la baraja,
juguetear con hexagramas:
todos estos son los habituales pasatiempos y drogas
y secciones de prensa; y siempre lo serán,
especialmente alguno de ellos
cuando exista aflicción en las naciones.
T. S. Eliot. "The Dry Salvages", *Cuatro cuartetos.*

En la actual carencia de propuestas se vuelve la mirada a los viejos ideales o a la renovación o recreación de utopías desechadas. Puede resultar que el miedo y la ansiedad ante el futuro provoquen un movimiento que pretenda refugio en el nacionalismo, la religión o los orígenes raciales. Curiosamente, si una de la características del modernismo fue la exclusión de todo tipo de elemento religioso, ahora resurgen los fundamentalismos mesiánicos y los movimientos milenaristas tanto en naciones desarrolladas como en las no desarrolladas.

Mircea Eliade apuntaba que el hombre moderno no ha podido dejar de alimentarse de ciertos "mitos caídos" e "imágenes degradadas". El mejor ejemplo se puede encontrar en medio de cualquier guerra, en la que hombres y mujeres se ayudan en la sobrevivencia a través de canciones y narraciones, poniendo al descubierto el enorme potencial de los mitos y las "nostalgias". Debido a que " toda la parte del hombre, esencial e impredecible, que se llama 'imaginación' [navega] en el pleno simbolismo y continúa viviendo de mitos y teologías arcaicas"

Estamos de acuerdo con Agnes Heller, quien establece una doble distinción del razonamiento utópico: primero, cuando "el pensamiento utópico [se] convierte en algo vano [que] nadie quiere poner nada de la utopía en práctica". Y segundo cuando "el pensamiento utópico [atrapa] a la gente [desarrollando en esta] una mentalidad utópica".

Dejando de lado el primer caso, que ya fue tratado, con respecto al segundo basta señalar el riesgo que existe en conflictos culturales, religiosos, y económicos como los que viven Yugoslavia, Medio Oriente o la India. Sobre todo cuando se quiere utilizar a la religión como símbolo e identidad de una nación frente a la exclusión de otra; cuando se llama a los dioses para hacerse de las riquezas del "otro" racial. "Creo que cuando el nacionalismo y la religión se reúnen —señala Wielsetier—, hacen emerger lo peor que tienen por separado; creo que cuanto más se acercan se vuelven más peligrosos y menos defendibles".

La vuelta a lo místico puede responder a la búsqueda interna de posibles caminos. Es célebre la frase del teólogo Hans Küng, que sonó a disparate en plena época de la guerra fría pero que cada vez toma un matiz profético: "El siglo que viene tendrá que ser místico o no será". Y aunque resulta extraño, en los países ricos, quizá motivados por la superabundancia y el hastío, se está dando un reavivamiento religioso que se manifiesta en movimientos en pro de los derechos humanos, en defensa de los ecosistemas y en contra de la violencia y las armas. Lo mismo sucede con las naciones pobres; donde el aspecto religioso, en la mayor parte resultante de una evasión ante la cruda realidad, comienza a cobrar una actitud de mayor conciencia en grupos de lucha ecológica y agrupaciones civiles, en contra de la pobreza y la marginación, así como el surgimiento de núcleos de autoayuda.

No obstante, este regreso a lo sagrado puede levantar cierta sospecha cuando se capta un cierto individualismo desencarnado que además oculta desinformaciones, fundamentalismos, manifestaciones espirituales, mercantilismos y absurdos ecumenismos de religiones de Occidente y Oriente. Se extiende un sentimiento relativista en el que es posible creer en todo y en nada, mientras la religión se signifique en objetos, talismanes, yerbas, menos cuestionamientos y compromisos. A la gran oferta de creencias habría que anteponer un examen de autenticidad: muchas son dudosas por su falta de compromiso personal y social; otras tan sólo muestran charlatanería y lucro; porque en última instancia se podría decir, con Duquoc, que Dios no tiene credencial de identidad, domicilio ni acciones históricas que le sean propias.

En la cinta *Hannah y sus hermanas,* Woody Alien nos muestra con humor a Mickey —representado por el propio Alien—, un pobre hipocondríaco, que, víctima de una alucinación, cree estar a punto de morir por un tumor cancerígeno. Ai enterarse por unos análisis de que está perfectamente sano quiere encontrar una forma de darle sentido a su "nueva" vida. La mejor manera de hacerlo es echar mano de alguna religión diferente a la judía, creencia a la que pertenece por nacimiento, no por convicción personal. Vemos entonces al tal Mickey ir con un sacerdote católico, estableciendo un diálogo tragicómico:

— Padre Flynn: ¿Y por qué cree que desea convertirse al catolicismo?
— Mickey: Bueno, porque, ya sabe, necesito algo en que creer, porque sino la vida carece de sentido.
— P. Flynn: Lo comprendo. Pero, ¿por qué ha elegido la fe católica?
—Mickey: Bueno, ya sabe... En primer lugar, porque es una religión muy hermosa. Y muy bien estructurada. Claro, me refiero, dicho sea de paso, a la parte que-que es antinuclear, está en contra de rezar en la escuela y a favor del aborto [sic],
— P. Flynn: Y dice usted que por el momento no cree en Dios.
— Mickey: No. P-p-pero quiero creer. ¿Sabe? Estoy dispuesto a hacer lo que sea. Hasta a pintar huevos de Pascua si sirve de algo.

La muerte de narciso

No cesaremos en la exploración
y el fin de todas nuestras búsquedas
será llegar adonde comenzamos,
conocer el lugar por vez primera.
A través de la puerta desconocida y recordada
cuando lo último por descubrir en la tierra
sea lo que fue nuestro comienzo:
en la fuente del río más largo
la voz de la oculta cascada
y los niños en el manzano.
La voz no conocida porque nadie la busca,
pero escuchada o semiescuchada, en la inmovilidad
del mar entre dos olas.
De prisa, aquí, ahora, siempre
una condición de sencillez absoluta
(cuesta nada menos que todo).
Y todo irá bien
y toda clase de cosas saldrá bien
cuando las lenguas de la llama se enlacen
en el nudo de fuego coronado
y la lumbre y la rosa sean una.
T. S. Eliot. "Little Gidding", *Cuatro cuartetos.*

En manos del cine estadunidense más banal y ligero, los espectadores saben reconocer quiénes son los héroes de siempre. Sea vaquero, soldado o policía, esta clase de personajes muestra en el celuloide una solidez externa difícil de romper. Sus vidas en la apariencia de la fuerza total son monumentos a la victoria por la tierra, por la libertad" o por la "justicia" conquistadas, a pesar de los atropellos, dólares y mentiras vertidas. Los enemigos siempre se establecerán en las fronteras trazadas de lo diferente, ajeno e inmoral. La incomprensión justificará la muerte de apaches, orientales y desequilibrados. Convertida en parte y juez, la sociedad se educa para señalar en los otros lo que está mal. De ahí la fruición que provoca la deducción detestivesca, junto **a** la persecución y la aniquilación del "mal", refuerzo de la represión de los sentimientos de culpa que el público espectador vierte en los villanos.

Para Andrei Tarkovsky, los personajes de sus películas, aunque débiles y fracasados, son los que deben ser considerados como verdaderos héroes; seres humanos comunes y corrientes que han sabido conquistar la zona más difícil: la propia interioridad. Hombres y mujeres conscientes de las líneas fronterizas profundamente internas, donde se enfrentan en combates con enemigos mitológicos armados de evasión, miedo, egoísmo.

> El protagonista de ***El espejo***—comentaba Tarkovsky— es un hombre enfermo, que ni siquiera sabe si logrará sobrevivir. Pero meditando sobre su pasado y sobre sí mismo, logra de sí la fuerza totalmente luminosa para hacer **un** balance, una 'revisión' general de su propia existencia [...]. Igual **que en *Solaris.*** El cosmonauta, a pesar de su ciencia, es acaso un hombrecillo lleno de debilidades; pero al final, cuando se topa cara a cara con su propia conciencia, no titubea, elige el camino justo, aunque peligroso y pleno de dolor, salvando su propia dignidad. Exactamente como el niño de ***La infancia de Ivány*** el monje de *AndreiRublev.* ¿Acaso hay algo más frágil que un niño en medio de una guerra? Y, sin embargo, tanto el niño como el monje, al final de sus itinerarios dramáticos, se revelan más 'heroicos' que quienes les rodean. Y justamente porque han hallado la fuerza en su propia debilidad.

En la ya clásica obra de Joseph Cambell, ***El héroe de las mil caras,*** su autor expone, después de haber hecho un recorrido por las mitologías universales, una síntesis de lo **que** concibe como el recorrido o aventura por la que una persona se convierte en héroe: llamada **a la** aventura, abandono del castillo, lucha en el umbral de la salida, enfrentamientos y pruebas, ayuda mágica, arribo a la prueba suprema, recompensa, regreso y restauración del mundo. Todo lo anterior puede parecer algo absurdo: ¿no somos demasiado adultos para comenzar una aventura?, ¿no se trata de evasiones de la realidad?, ¿no hay cosas más urgentes e inmediatas? Ciertamente, todas estas preguntas encierran un temor a lo desconocido, un miedo a vivir el cambio. Y bien se puede dar uno la vuelta y regresar al castillo pero con el alto costo de extraviar el tesoro más importante: la esencia de uno mismo.

Decía Swedenborg que el ángel es un individuo en quien el ser interior triunfa sobre el exterior. Esta ¡dea, aunque cierta, puede ocasionar en más de uno el problema del angelismo. Para evitarlo debemos tener presente aquella metáfora que Wim Wenders supo narrar a través de su filme ***Alas sobre Berlín,*** en el que un ángel pierde sus alas con tal de ganar y vivir las emociones y sensaciones, alegres o tristes, de los seres humanos. El héroe de verdad es el que se conquista con toda su alma y carne propias. No es posible dividirse. La posesión de uno mismo reside en la aceptación de los límites y en el coraje para traspasarlos.

Afortunadamente no" tenemos que arriesgarnos solos a la aventura, porque los héroes de todos los tiempos se nos han adelantado, el laberinto se conoce meticulosamente; sólo tenemos que seguir el hilo del camino del héroe. Y donde habíamos pensado encontrar algo abominable, encontraremos a un dios; y donde habíamos pensado matar a otro, nos mataremos nosotros mismos; y donde habíamos pensado que salíamos, llegaremos al centro de nuestra propia existencia; y donde habíamos pensado que estaríamos solos, estaremos con el mundo" (Campbell).

Historias de ayer repetidas con sus variaciones en la actualidad. Así tenemos aquel héroe hebreo, esclavo bien educado, cuyo llamado a la liberación del pueblo le resulta una broma pesada a su tartamudez. No obstante, Moisés se convierte en guía y líder para la salida de su pueblo de manos de los egipcios.

En una escuela primaria Aarón Bocanegra, un pequeño y débil niño, hace afrenta a las burlas de sus compañeros. Su mejor defensa es el silencio. Los actos públicos lo acobardan: lo aterroriza tener que hablar en público y mostrar que es un tartamudo irremediable. Es puesto como ejemplo —cosa que aborrece— por su correcto comportamiento en clases —no distrae ni habla con alguien. No obstante, es un niño triste. Pero al paso de algunos años, sin saber muy bien cómo, sucede lo inesperado: recibe premios y es felicitado por tener una de las mejores voces barítonas de su país. Supo, como los viejos lamas del Tíbet, aplicar el *jiu jitsu a sus* fronteras limitadoras.

Sólo quien es capaz de trascenderse a sí mismo puede elevarse hacia la otredad. Hay muchas pruebas para el héroe. Una de las más peligrosas es el aislamiento. Pretender un castillo de la pureza. Buscarse a sí mismo como único y último fin. Mario Brelich con su ***Navegante del diluvionos*** dibuja a un Noé frustrado por haberse salvado solamente él con su familia y animales. Es tal su tristeza y añoranza por sus demás parientes y amigos ahogados por las interminables lluvias, que al escampar el mal tiempo y salir del arca descubre la virtud de la uva convertida en vino, dándose así la primera borrachera bíblica.

El auténtico héroe al mirarse de frente a un espejo no puede dejar de ver al otro. Son los poetas y místicos —dice Maritain— quienes invitan a la locura de la aventura. Elevándose una y otra vez hacia el cielo, juegan al columpio. Y tanto el artista como el filósofo siempre pasarán por dificultades para manifestar su desacuerdo con el ritmo intelectual imperante de la época. Podrán pasar por dementes y llegar hasta el riesgo de perder la vida, porque la brújula indica otra dirección. Pero como decía San Juan de la Cruz, "más vale estar cargado junto al fuerte que aliviado junto al flaco". O como diría Daniel Rops: "Fiel en el tiempo de la infidelidad, justo en los días de injusticia, pobre en el mundo del dinero, rico en experiencias en las horas de desesperación". El reencuentro del héroe con Dios y el mundo siempre se dará en el lugar menos esperado: en el encuentro con aquel que está marginado y nada tiene; ahí esta la morada y salvación del que ha sabido encontrarse y trascenderse.

Es indispensable la recuperación del rito, en su más íntimo significado de ceremonia, para la salida de las fronteras del narcicismo. Se da una celebración de inicio porque se cree en que algo bueno puede suceder. Se realiza una liturgia para sellar un compromiso. Se celebra una penitencia para renovar la vida en cualquier dimensión: personal, social, cultural. Son de nueva cuenta los personajes de Tarkovsky quienes a través de ritos nos regalan imágenes que

repercuten en el espíritu. Sea el monje ruso Andrei Rublev y su voto de silencio, que rompe con el primer tañir de la campana construida por un joven que se convierte en campanero sin saber cómo. O el escritor Gortchakov, quien realiza en un solo plano-secuencia el rito de atravesar un manantial de aguas termales con una vela encendida. O el doctor Alexander, que luego de un Padrenuestro ofrece, en voto de silencio, todos sus bienes en sacrificio por la vida de toda la familia humana.

Finalmente, los innumerables avatares de los héroes terminan con su muerte. La historia demuestra, en diferentes niveles, la fuerza generadora de todos esos personajes, hombres y mujeres, que sin ser espectaculares han trascendido al dejar de legado un rico tesoro de experiencias pervividas en las tradiciones culturales, mismas que necesitan ser actualizadas y adaptadas a las nuevas circunstancias. Cada generación es responsable de no echar en el olvido los fracasos y los logros del ser humano. Por esta razón se tiene la esperanza en un futuro no exento de atrocidades, pero también cada vez más cerca de un mundo más justo y libre.

Bibliografía

Woody Alien. *Hannah y sus hermanas,* Barcelona, Tusquets, 1987, pp. 149-152.

Joseph Campbell. *El héroe de las mil caras,* México, FCE, 1984.

Mircea Eliade. *Imágenes y símbolos,* Madrid, Taurus, 1987.

T. S. Eliot. *Cuatro cuartetos,* trad. de José Emilio Pacheco, México, FCE-El Colegio Nacional, 1989.

Michael Ende. *Momo,* México, Alfaguara, 1983.

M. Fernández Del Riesgo, et *al. En torno a la posmodernidad,* Barcelona, Anthropos, 1990, p. 80.

Carlos Fuentes. *Agua quemada,* México, FCE, 1981, pp. 69-94.

Gandhi. ***Todos** los hombres son hermanos,* Madrid, Atenas, 1981. Pacheco, José Emilio. ***Tarde o temprano,*** México, FCE, 1986.

Julio Torri. ***Tres** libros,* México, FCE, 1981, pp. 136-139.

"Telegrama urgente para los intelectuales", *Signo de los tiempos,* IMDOSOC, 1992.

La experiencia de la libertad, México, Vuelta, 1991,5 vols.